

PQ 2286

. M 5

56

1901

V. 3

TERCERA PARTE

—

MARIUS

LIBRO PRIMERO

PARIS ESTUDIADO

EN SU ATOMO

I

PARVULUS

Paris tiene un hijo y la selva tiene un pájaro; el pájaro del bosque se llama el gorrion; el hijo de Paris se apellida el gamin (*el pilluelo*).

Asociad estas dos ideas que contienen, la una toda la hornaza, la otra toda la aurcra, producid el choque de estas dos chispas, Paris, la infancia; y veréis brotar una criaturita. *Homuncio*, que diría Plauto.

Este pequeño sér, esta criatura, es alegre. No todos los dias come, pero va al teatro todas las noches si tiene

gusto en ello. No lleva camisa sobre su cuerpo, ni zapatos en los piés, ni tampoco tiene techo sobre su cabeza: semejante á las moscas del cielo, carece él de todo esto. Tiene de siete á trece años; vive en cuadrilla, va rodando por las calles, se alberga al aire libre, lleva un pantalon desechado por su padre que le llega más abajo de los talones, un sombrero viejo de algun otro padre que le descende hasta por bajo de las orejas, y un solo tirante de orillo amarillento; corre, acecha, venta, callejea, mata el tiempo, curte las pipas, echa más votos que un condenado, frecuenta la taberna, conoce á los ladrones, tutea á las mujerzuelas, habla en su propia jerga ó caló, canta canciones obscenas, y nada malo abriga en su corazón. Es que conserva él en el alma una perla, la inocencia: y las perlas no se disuelven en el cieno. Mientras que el hombre es niño, Dios quiere que sea inocente.

Si preguntaran á la gran ciudad, ¿qué viene á ser eso? ella responderia: Es mi chico.

II

ALGUNAS DE SUS SEÑAS PARTICULARES

El gamin de París es el enano de la gigante.

No exageremos: ese querubin del empedrado suele tener á veces camisa, pero en tal hipótesis, nunca posee más que una; tambien algunas veces lleva zapatos, pero en este caso, carecen ordinariamente desuelas; otras veces sucede que tiene un albergue, que él suele querer mucho, porque encuentra allí á su madre; pero prefiere las calles, porque en ellas encuentra la libertad. Tiene él sus juegos peculiares, sus malicias que tambien le son propias y que de ordinario toman ocasion y fundamento del odio á los ricos; sus metáforas particulares; estar muerto, se llama en su lenguaje *comer achicorias por la ratz*: sus oficios, son ir en busca de un coche, bajar el estribo de los carruajes, improvisar pasadizos ó peajes de uno á otro lado de la calle

en tiempo de las grandes lluvias, lo que él llama construir *puentes de las artes*, gritar los discursos pronunciados por la autoridad en favor del pueblo francés, escarbar el espacio intermedio de los adoquines; tiene su moneda especial, que se compone de todos los pedacitos de cobre labrado que pueden hallarse en la calle. Esta curiosa moneda, á la cual dan el nombre de *loques* (pingajos), tiene un curso invariable y muy bien arreglado en el círculo de toda esa bohemia de muchachos.

Por último, también tiene su fauna especial que él observa estudiosamente en los rincones, el grillo, el pulgon cabeza-de-muerto, la zancuda, « el diablo, » insecto negro que amenaza torciendo su cola armada de dos acicates. Posee su monstruo fabuloso, que tiene escamas bajo el vientre y no es un lagarto, que tiene pústulas sobre el dorso y no es un sapo, que habita en los agujeros de los hornos de cal abandonados y en los sumideros secos, negro, velludo, viscoso, rastrero, ora lento, ora rápido en su marcha, que no grita, pero que mira, y que es tan terrible, que nadie le ha visto jamás; á este monstruo le da él el nombre de « el sordo ». Buscar sordos entre las piedras, es un placer del género formidable. Otro placer consiste en levantar bruscamente un adoquin del empedrado y ver cucarachas. Cada región de París goza su particular celebridad por los hallazgos interesantes que en ella pueden hacerse. Hay tijeretas en los corrales de las Ursulinas, hay cientopiés en el Panteon, hay renacuajos en los hoyos del Campo de Marte.

Por lo que hace á las palabras, este muchacho las tiene como Talleyrand. No es ménos cínico, pero es más decoroso. Hállase dotado de cierta jovialidad imprevista; deja pasmados y aturdidos á los tenderos con sus risotadas sin concierto. Su escala va atrevidamente desde la alta comedia hasta la farsa.

Pasa un entierro. Entre los que acompañan el muerto, va un médico, — Toma, exclama un *gamin*, ¿ desde cuándo llevan los médicos su obra ?

Otro se halla entre la muchedumbre. Un hombre grave, adornado con sus antiparras y cogaljos de plata en reloj, se vuelve indignado y dice: — Tanante, acabas de agarrar por la cintura á mi mujer. — ¡Yo, señor! registreme usted.

III

ES ACRADABLE

Por la noche, merced á algunos sueldos que él halla siempre medio de procurarse, el *homuncio* entra en un teatro. Al atravesar aquel umbral mágico, se transfigura; era el *gamin*, y ahora se convierte en el *titi*. Los teatros son unas especies de navíos vueltos boca abajo, y cuya cala se halla por consiguiente en la parte superior. En esta cala es donde se instala el *titi*. El *titi* es al *gamin* lo que la falena es á la larva, el mismo sér que vuela y se cierne. Basta que él se encuentre allí, con su irradiación de dicha, con su vigor de entusiasmo y de gozo, con su alegre paimoteo, que parece más bien un aleteo, para que aquella cala, estrecha, fétida, oscura, sórdida, malsana, horrible, abominable, se llame el Paraíso.

Proveed á un sér de lo inútil, y quitadle lo necesario, y tendréis el *gamin*.

El *gamin* no carece por lo general de cierta intuición literaria. Su tendencia, lo decimos con toda la suma de pesar que conviene, no suele ser por el gusto clásico. Éles, por naturetéza, poco académico. Así, para valernos de un ejemplo, la popularidad de la señorita Mars en ese pequeño público de muchachos bulliciosos ibaazonada con sus rasgos de ironía. El *gamin* la llamaba la señorita *Maza*.

Este sér charla, bromea, se burla, disputa, lucha, tiene trapos como un niño y harapos como un filósofo, pesca en las alcantarillas, caza en las cloacas, extrae la alegría de la inmundicia, zurra las plazas y las esquinas con su imaginativa, fisga y muerde, canta y silba, aclama y abruma, modera á Aleluya por Matanturlurette, salmodia todos los ritmos, desde el De Profundis hasta la Jota aragonesa, encuentra sin buscar, sabe todo lo que ignora, es Espartano hasta la bellaquería, loco hasta la cordura, lírico hasta el libertinaje; se acurrucaría él sobre el Olimpo, se revuelca en el estiércol y sale cubierto de estrellas. El *gamin* de París es Rabelais en pequeña escala.

No está contento de sus calzones, si les falta el bolsillo del reloj.

Admira pocas veces, se asusta aún mucho ménos, coplea las supersticiones, deshinchas y reduce las exageraciones, comenta los misterios con mil embustes, saca la lengua á las apariciones y á las almas en pena, despoja da la poesía á las hipérbolés, introduce la caricatura en las más elevadas concepciones del estilo épico. No que sea él prosaico; nada de eso; sino que reemplaza la vision solemne por la fantasmagoría de farsa. Si Adamastor se le apareciese, el *gamin* se echaría á reír diciendo: ¡Ay! el Coco!

Opresion, Iniquidad, Despotismo, Injusticia, Fanatismo, Tiranía, cuidado con el *gamin* que os parece un páparo sorprendido con la boca abierta!

Ese chicuelo se hará grande.

¿ De qué barro está hecho ? del primer fango que ha habido á la mano. Un puñado de lodo, un soplo, y allá va Adan. Basta con que un Dios pase ; y un Dios ha pasado siempre sobre el *gamin*. La fortuna trabaja en esa débil criatura. Por esta palabra, la fortuna, entendemos nosotros un poco la aventura. Ese pigmeo amasado con la misma tierra comun, ignorante, iletrado, aturdido, vulgar, populachero, ¿ será un jónico, ó un beocio ? Esperad, *currit rota*, el númen de París, ese demonio que crea los hijos de la casualidad y los hombres del destino, al revés del alfarero latino, hace del cántaro una ánfora.

IV

PUEDE SER UTIL

París principia en el bobo (*badaud*) y acaba en el *gamin*, dos séres que no se encuentran en ninguna otra ciudad; la aceptación pasiva que se satisface con mirar, y la iniciativa inagotable; Prudhomme y Fouillou. Solo París cuenta esto en su historia natural. Toda la monarquía se encierra en el *badaud*. Toda la anarquía se encierra en el *gamin*.

Ese hijo pálido de los arrabales de París vive y se desarrolla, se encanija y se desencanija, se enlaza y « se desenlaza » en el sufrimiento, en presencia de las realidades sociales y de las cosas humanas, testigo pensativo de las escenas que le rodean. Él mismo se cree indolente y abandonado; y sin embargo no lo es. Mira, dispuesto á reir, dispuesto tambien á otra cosa. Cualquiera que seáis, ora os llaméis Preocupacion, Abuso, Ignominia,

De aquí, en esos sitios poco atrayentes, y marcados para siempre por el pasajero con el epíteto de *tristes*, los paseos, en apariencia sin objeto, del hombre pensativo.

El que escribe estas líneas ha vagado durante mucho tiempo por las barreras y arrabales exteriores de París, y esta circunstancia es para él un manantial de profundos recuerdos. Aquel césped raído, aquellas sendas pedregosas, aquellas gredas, aquellas margas, aquellos yesos, aquellas ásperas monotonías de terrenos eriales y de barbechos, los planteles de las primicias frutales y leguminosas de los hortelanos que de improviso se distinguen en una hondonada, esa mezcla de lo salvaje y delo civilizado, esas vastas rinconadas desiertas donde los tambores de la guarnición tienen su estrepitosa escuela, haciendo una especie de remedo de la batalla, esas tebaidas de día y madrigueras de noche, el molino desvencijado que gira á merced del viento, las poleas de extracción de las canteras, los ventorrillos en las esquinas de los cementerios, el misterioso encanto de las grandes paredes sombrías cortando en ángulos rectos inmensos terrenos vagos inundados de sol y poblados de mariposas ; todo esto le atraía.

Casi nadie en el mundo conoce estos sitios singulares, la Glacière, la Cunette, la horrible pared de Grenelle atigrada de balas, el Mont-Parnasse, la Fosse-aux-Loups, los Aubiers, á orillas del Marne, Mont-Souris, la Tombe-Issoire, la Pierre-Plate de Châtillon, donde existe una antigua cantera agotada que sólo sirve ya para criar setas, y que se cierra á flor de tierra con una trampa de tablas podridas. La campiña de Roma es una idea, la *banlieue* de París es otra ; no ver en lo que nos ofrece un horizonte nada más que campos, casas ó árboles, es quedarse en la superficie ; todos los aspectos de las cosas son pensamientos de Dios. El sitio en que una llanura toca á una ciudad lleva siempre el sello de cierta especie de melancolía pe-

V

SUS FRONTERAS

El gamin gusta de la ciudad, y gusta de la soledad también ; hay en él algo del sabio. *Urbis amator*, como Fuscus ; *ruris amator*, como Flaccus.

Vagar desvariando, es decir callejear, es un buen empleo del tiempo para el filósofo ; particularmente en esa especie de campiña algo bastarda, bastante fea, pero rara y caprichosa, compuesta de dos naturalezas, que circunda algunas grandes ciudades, principalmente París. Observar sus afueras (*la banlieue*), es observar el anfibio. Fin de las arboledas y principio de los tejados ; fin de la yerba y principio del empedrado ; fin de los sembrados y principio de las tiendas ; fin de los pantanos y principio de las pasiones ; fin del acento divino y principio del murmullo humano ; de aquí un interés extraordinario.

netrante. La naturaleza y la humanidad hablan allí á la vez ; apareciendo todos los caracteres y todas las originalidades locales.

El que ha aerecido como nosotros, en calidad de observador errante, esas soledades contiguas que podrian llamarse los limbos de París, ha entrevisto acá y acullá, en el lugar más abandonado, en el momento más inesperado, tras de un frágil vallado ó en la esquina de una pared lúgubre, varios muchachos, agrupados tumultuosamente, fétidos, lodientos, empolvados, andrajosos, ariscos, jugando á la rayuela coronados de amapolas. Todos estos son los chicuelos escapados de las familias pobres. El boulevard exterior es su aire respirable ; las afueras de la ciudad les pertenecen de derecho. Allí hacen novillos eternamente. Cantan ingenuamente su repertorio de canciones nada limpias. Allí están, ó, por mejor decir, allí existen ellos, léjos de toda mirada, en la dulce claridad de Mayo ó de Junio, arrodillados al rededor de un agujero hecho en la tierra, echando bolitas con el dedo pulgar, disputándose los ochavos, irresponsables, sueltos, libres, dichosos ; desde el momento en que os ven, se acuerdan de que tienen una industria, que necesitan ganar su vida, y os ofrecen en venta una média vieja de lana llena de saltones ó un ramo de lilas. Estos encuentros de muchachos extraños son una de las cosas más tristes y al mismo tiempo más graciosas de las cercanías de París.

Á veces, en esos grupos de muchachos, hay tambien muchachas, — ¿ son sus hermanas ? — casi mozitas ya, flacas, extenuadas, calenturientas, curtidas por el aire, tostadas por el sol, pecosas, cubiertas las cabezas de espigas de centeno y de amapolas, alegres, hurañas, descalzas. Algunas hay que se esconden en los trigos para comer cerezas. Al anocheecer, se las oye reir. Estos grupos, ardientemente alumbrados por el sol de mediodía, ó

entrevistos á la luz crepuscular, ocupan por largo tiempo al pensador, que mezcla esas visiones con sus ensueños,

París centro, las afueras circunferencia : hé aqui, para esos niños, toda la tierra. Jamas se aventuran ellos á traspasar estos limites. No pueden salir nunca de la atmósfera parisiense, á la manera que los peces no pueden abandonar el agua. Para ellos, á dos leguas de las barreras, ya no hay nada : Ivry, Gentilly, Arcueil, Belleville, Aubervilliers, Ménilmontant, Choisy-le-Roi, Billancourt, Meudon, Issy, Vanvre, Sèvres, Puteaux, Neuilly, Gennevilliers, Colombes, Romainville, Chatou, Asnières, Bougival, Nanterre, Enghien, Noisy-le Sec, Nogent, Gournay, Drancy, Gonesse ; aqui concluye para ellos el universo.

VI

UN POCO DE HISTORIA

En la época, por lo demás casi contemporánea, en que pasa la acción de este libro, no había, como hay ahora, un agente municipal en cada esquina (beneficio que no es esta la ocasión de discutir); y los pilluelos errantes abundaban en París que era una bendición de Dios. Las estadísticas daban, por término medio, unos doscientos sesenta niños sin asilo recogidos entonces anualmente por las rondas de policía en los terrenos no cercados, en las casas que están en vía de construcción y bajo los arcos de los puentes. Uno de estos nidos, que se ha hecho célebre, produjo las « golondrinas del puente de Arcole. » Por lo demás, este es uno de los síntomas sociales más desastrosos. Todos los crímenes del hombre comienzan en el abandono y la vagancia del niño.

Exceptuemos sin embargo á París. En una proporción relativa, y no obstante el recuerdo que acabamos de citar, la excepción es justa. Mientras que en todas las demás grandes ciudades un niño vagabundo es un hombre perdido; mientras que, casi en todas partes, el niño entregado á sí mismo está en cierto modo consagrado y abandonado á una especie de inmersión fatal en los vicios públicos que devora en él la honradez y la conciencia, insistiremos en decir que el *gamin* de París, tan frusto y tan encentado, en la superficie, está interiormente casi intacto. Cosa magnífica, muy digna de consignar aquí, y que brilla en la espléndida probidad de nuestras revoluciones populares: cierta incorruptibilidad resulta de la idea que se cierne en la atmósfera de París, como de la sal que está en el agua del Océano. Respirar á París, es una cosa que conserva el alma.

Lo que acabamos de decir en nada disminuye sin embargo la opresión de que sentimos abrumado el corazón cada vez que encontramos á uno de esos niños en derredor de los cuales parece como que se ven flotar rotos los hilos de la familia quebrantada y disuelta. En la civilización actual, tan incompleta aún, no es una cosa muy anormal el ver esas fracturas de familias consumándose en la sombra, ignorando lo que ha venido á ser de sus hijos, y dejando caer despedazadas sus entrañas en medio de la vía pública. De aquí provienen ciertos destinos oscuros. Esto se llama, pues esa triste cosa ha llegado ya á crearse una locución, « ser arrojado en medio del empedrado de París. »

Digámoslo de paso, estos abandonos de niños no hallaban grande oposición por parte de la antigua monarquía. Un poco de Egipto y de Bohemia en las bajas regiones acomodaba á las altas esferas, no dejando de convenir bastante á los poderosos. El odio á la enseñanza de los hijos del pueblo era un dogma. Y ¿ para qué esa « mémoi

instruccion ? » Tal era la consigna. Ahora bien, el niño errante es el corolario del niño ignorante.

Por otra parte, la monarquía tenía á veces necesidad de muchachos, y entónces espumaba las calles.

En tiempo de Luis XIV, para no remontarnos más léjos, el rey quería, y con razon, crear una flota. La idea era buena. Pero examinemos los medios empleados para llevarla á cabo. No hay flota posible, si, al lado del buque de velas, juguete del viento, y para remolcarlo, en caso necesario, no se tiene otro buque que vaya adonde se quisiera llevarle, bien sea por medio del remo, ó por medio del vapor; las galeras eran entónces á la marina lo que hoy son los steamers. Por consiguiente, se necesitaban galeras; pero la galera no se mueve sino por el galeote; era pues indispensable que hubiera galeotes para hacerlos remar. Colbert hacía que los intendentes de provincia y los parlamentos le procura sen el mayor número de presidiarios que les fuese posible. La magistratura se mostraba en ello muy complaciente. Un hombre tenía el sombrero puesto al pasar delante de él una procesion; actitud de hugonote, se le enviaba á galeras. Hallaban un muchacho en la calle; con tal que tuviera quince años, y que no supiera dónde acostarse, le enviaban á galeras. Gran reinado, gran siglo.

En la época de Luis XV, los muchachos desaparecían en París; la policía los arrebatava, ignórase para qué destino misterioso. Cuchicheábase con espanto en monstruosas conjeturas sobre los baños purpúreos del rey. Barbier habla sencillamente de estas cosas. Á veces sucedía que los exentos (oficiales municipales), faltos de muchachos huérfanos para tales empleos, los tomaban donde los encontraban, aunque tuvieran padres. Los padres desesperados la emprendían contra los exentos del rey; en cuyo caso el parlamento intervenía, y hacía ahorcar, ¿ á quién ? ¿ á los exentos ? No, á los padres.

VII

EL GAMIN TENDRIA SU PUESTO EN LAS CLASIFICACIONES DE LA INDIA

La *gaminería* parisiense casi es una casta. Podría decirse: no todo el que quiere pertenece á ella.

Esta palabra, *gamin*, fué impresa por primera vez y llegó de la lengua popular á la lengua literaria en 1834. En un opúsculo intitulado *Claude Gueux* fué donde ella hizo su primera aparicion. El escándalo fué muy grande, pero la palabra pasó al fin. Ya ha tomado carta de naturaleza en el idioma frances.

Los elementos que constituyen la consideracion de los *gamins* entre sí son muy variados. Nosotros hemos conocido y tratado á uno que era muy respetado y admirado entre ellos, porque habia visto caer á un hombre de lo alto de las torres de Nuestra Señora; otro, por haber logrado penetrar en el patio interior donde se hallaban momentáneamente depositadas las estatuas de la cúpula

de los Inválidos y haberlas « birlado » un poco de plomo; un tercero, por haber visto volcar una diligencia: otro aún, porque « conocía » á un soldado á quien faltó poco para que sacara un ojo á un paisano.

Este es lo que explica aquella exclamacion de un gamin parisiense, profunda epifonema de la cual se rie el vulgo sin comprenderla: — ¡Ira de Dios! si tengo yo desgracia! decir que todavía no he visto á nadie caer de un quinto piso!

Ciertamente que este es un bonito dicho de campesino: — Tío fulano, su mujer de usted ha muerto de su enfermedad; ¿por qué no llamó usted á un médico? — ¿Qué quiere usted, señor? los pobres *nos morimos nosotros solos*. Pero si toda la pasividad del aldeano se halla resumida en esa palabra, toda la anarquía libre-pensadora del pilluelo de París está, de seguro, compendiada en esta otra. Un condenado á muerte va en la carreta escuchando á su confesor. El hijo de París exclama: — ¡Pues no va hablando con su clerizonte! ¡Oh! ¡qué collon!

Cierta audacia en materia religiosa realza al gamin. Ser espíritu fuerte es importante.

Asistir á las ejecuciones capitales constituye entre ellos un deber. Se muestran unos á otros la guillotina y se rien. La prodigan toda especie de nombres: — Fin de la sopa, — Soplamócos, — la Tiadelo Azul (del cielo), — el Último Bocado, — etc., etc. Á fin de no perder nada de la escena, escalan las paredes, se encaraman hasta los balcones, trepan á los árboles, se suspenden de las verjas, se abrazan de las chimeneas. El gamin nace albañil y trastejador como nace marino. Un tejado no le causa á él más miedo que un mástil. No hay para él fiesta como la de la Grève¹. Samson²

¹ La plaza de la Grève, á orillas del Sena, donde se hacían todas las ejecuciones hasta el año de 1830.

² El verdugo de París.

y el abate Montès¹ son los verdaderos nombres populares. Se da grita al paciente para envalentonarle. Á veces se le admira. Lacenaire, siendo gamin, como viese el atroz Dautun morir valerosamente, dijo esta palabra que encierra todo un porvenir: *Le tenía yo envidia*. En la *gaminería* no se conoce á Voltaire, pero se conoce á Papavoine. Mézclase en la misma leyenda á los « políticos » con los asesinos. Consérvanse las tradiciones del último traje de todos ellos. Se sabe que Tolleron llevaba un gorro de fogonero, Ayril una gorra de nutria, Louvel un sombrero redondo; que el viejo Delaporte era calvo é iba con la cabeza descubierta, que Castaing era todo el color de rosa y de gallarda figura, que Bories tenía una perilla romántica, que Juan Martín conservó sus tirantes, que Lecouffe y su madre se iban querellando é insultando. — *No os echéis en cara el cesto*, les gritó un gamin. Otro, para ver pasar á Debacker, demasiado pequeño en la muchedumbre, repara en un farol del muelle y se encarama á él. Un gendarme, que allí estacionaba, frunce el entrecejo. — Déjeme usted subí, señó gendarme, dice el gamin. Y para ablandar á la autoridad, añade: No me caeré. — Yo me importa bien poco que caigas ó no, responde en su lengua el gendarme.

En la gaminería, un accidente memorable se tiene en muy alta cuenta. Se llega á la cima de la consideracion si sucede que se corta uno muy profundamente, « hasta el hueso. »

Los puños son tambien un poderoso elemento de respeto. Una de las cosas que de más buena gana suele decir el gamin es: *¡No son fuerzas las que me faltan!* — Ser zurdo, es cosa muy envidiada entre ellos. Ser bizco, es cualidad que se estima mucho tambien.

¹ El capellan de la cárcel que presta asistencia espiritual á los ajusticiados.